

“¡Pues que no hay paz en la tierra, aventuremos la vida!”

“Habla de Cristo sólo cuando te pregunten por él. ¡Pero vive de tal modo que todos te pregunten por él!” (Paul Claudel). La profecía es anuncio, pero de algo que nos ha sido dado, regalado, como un don que hay que saber compartir. Nuestras palabras han sido embargadas, más aún: ¡nuestras propias vidas! Experimentado el amor de Dios ¿Cómo podremos andar con miramientos o respetos humanos? “¡Basta de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas! Porque, por haber callado, ¡el mundo está podrido!” (Sta. Catalina de Siena).

La profecía convierte en testigos. Nuestras acciones y palabras gritan la necesidad de un cambio. Pero ¿por qué y para qué? La respuesta nos la ha dado el mismo Jesucristo: “He venido para que tengáis vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10b). ¿Cómo negar que nuestras acciones muchas veces nos han encerrado en callejones sin salida? Nuestras acciones nos llevan a sentir la experiencia de la muerte: divisiones, enfrentamientos, marginación, desprecios, soberbias, envidias, críticas, tristezas... ¿Cómo poder frenar esta espiral? Sólo una cosa es necesaria: la vida.

¿Pero cómo hacerlo realidad? El profeta descubre que la misión le supera, es mucho más de lo que puede llevar a realizar solo con sus fuerzas humanas. Necesita de dos elementos: fortaleza y compañía. La fortaleza es el don del Espíritu Santo que nos acompaña para no convertirnos en esa semilla que cae en terreno pedregoso. Sí, crece, pero enseguida se seca. La fortaleza es la prueba de que el amor no se equivoca. Cuando te sientes amado, te sabes sostenido, amparado, protegido, seguro. ¡El amor no falla nunca! sostiene el apóstol Pablo.

Pero el segundo elemento es la compañía. La nuestra es inevitablemente la de los otros que han recibido también el don de la profecía. Es la misma Iglesia: fuimos bautizados en un solo Espíritu “para no formar más que un cuerpo” (1Co12, 13). El bautizado es una persona llamada a vivir de modo semejante a como vivió Cristo, haciendo de su vida una completa obediencia a la voluntad del Padre; a pensar con la mentalidad de Cristo, buscando siempre el bien, la verdad y la justicia; y libre de todo aquello que le impide amar con un corazón como el de Cristo. Se convierte en profeta y, como tal, necesita sentirse en comunión con el resto, unido a la Cabeza que es Cristo mismo.

Fortaleza y gozosa experiencia de pertenencia a la Iglesia. Sabemos que nuestro modelo es el mismo Señor en cuyo nombre hemos sido bautizados: “En múltiples ocasiones y de muchas maneras, habló Dios antiguamente a nuestros padres por medio de los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1, 1). ¿Y el anuncio?

El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica responde a esta pregunta: “Los laicos participan en la misión profética de Cristo cuando acogen cada vez mejor en

la fe la Palabra de Cristo, y la anuncian al mundo con el testimonio de la vida y de la palabra, mediante la evangelización y la catequesis. Este apostolado «adquiere una eficacia particular porque se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo» (Lumen Gentium 35)” (n. 190)

¿Para qué hace falta Dios? Muchas veces nuestro mundo tiene su cabeza en otras cosas. Pero la fragilidad de nuestra propia vida nos hace necesitar de esa voz que oriente nuestra vida: “Dios nos susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestro dolor; el dolor es su megáfono para despertar a un mundo sordo” (C. S. Lewis). Ese megáfono es la Iglesia, somos nosotros y sólo el espíritu que emana de las bienaventuranzas será capaz de calmar el corazón inquieto o herido.

Las Bienaventuranzas nos sitúan en la clave de este envío: misericordia, limpieza de corazón, paz, humildad... sólo son dichosos en la vida los que saben convertir estas claves en la norma fundamental de su existencia. El mal no se vence a base de protestas, quejas, rebeliones internas, críticas. El Señor se enfrentó a él con los signos milagrosos del Reino, revelando cómo nuestra lucha necesita de esa fe capaz de transformar nuestro mundo. “Dios no ha venido a suprimir el dolor, sino que ha venido para colmarlo de su presencia” (Paul Claudel).

Profecía y bienaventuranzas. Su mensaje es claro: Señalan como ciudadanos del Reino a los pobres, los afligidos, los pacíficos. Lo central de esta enseñanza consiste en el ser frente al mero obrar por cumplir los mandamientos: lo que constituye buena o mala a la persona es lo que nace de su corazón. El mensaje ético parece un desafío para todos, no es sólo para unos elegidos como podía ser el pueblo judío: se dirige a todos, pero sobre todo a los que se sienten necesitados e incapaces de valerse por sí mismos.

Nuestras Vigilias también las vivimos en estas claves. Somos las que necesitan todo de Dios, la pobreza afecta a tantas situaciones para las que no tenemos respuestas; buscamos misericordia frente a tanto rencor acumulado en diversas luchas; hallamos la paz que ansiamos tras luchar en muchas batallas... Cada noche nos ponemos a los pies del Maestro y, como san Juan en la Última Cena, apoyamos nuestra cabeza en su corazón, sentimos su latido y descubrimos que es su Amor lo que nos ha dado fuerzas, ilusiones, lo que no ha permitido que nos desplomáramos en ocasiones.

“Ya no durmáis, no durmáis, pues que no hay paz en la tierra. No haya ningún cobarde, ¡aventuremos la vida!” (Sta. Teresa de Jesús). Somos enviados a prender en el mundo esa llama que debería estar consumiéndolo ya. Nuestra vida cristiana solo puede realizarse como profetas en obras y palabras que nos hagan estar en vela. La vida es poco para todo lo que tenemos que hacer en nuestro mundo: la Iglesia no es para cobardes.

“La Iglesia necesita profetas. Diré más: necesita que todos nosotros seamos profetas; no críticos, eso es otra cosa. El profeta es quien reza, mira a Dios, mira a su pueblo, siente dolor cuando el pueblo se equivoca, llora -es capaz de llorar por el pueblo- pero es capaz también de jugársela bien por decir la verdad. Pidamos al Señor que no le falte a la Iglesia este servicio de la profecía y que nos envíe profetas que ayuden a revitalizar nuestras raíces, nuestra pertenencia, para ir siempre adelante” (Papa Francisco, homilía 17 abril 2018)